

Solidaridad universal en el supermercado espiritual

Luis Manuel Martínez Domínguez

1. Solidaridad en una era de grandes logros humanísticos.

Cuando nos hayamos a las puertas del tercer milenio muchos son los que plantean un discurso catastrofista sobre lo que está siendo nuestra civilización en las últimas décadas. Sin embargo, sería faltar a la verdad el no considerar tantos aspectos positivos que galardonan nuestra sociedad.

Estamos ante una civilización que recapacita, que no se satisface con sobredosis de placer y entiende, que tanta capacidad de razonar, de crear, de amar, de abrigar esperanza no puede estar al servicio de la nada.

Entre los valores emergentes encontramos a la solidaridad como uno de los más predominantes. Todos queremos ser solidarios y sobre todo que sean solidarios con nosotros. Sin embargo, la práctica delata que no siempre somos solidarios.

Las personas sufren y ante las enfermedades sociales, crónicas o episódicas que aquejan a los humanos, suele recurrirse a la solidaridad como tópico o ensalmo milagroso, y que se malversa reduciéndola a una especie de estética de la compasión, a una caridad secularizada y pseudoprogresista que no delata ni hurga en las verdaderas causas que desvertebran a la humanidad.

De este modo, para poder entendernos, habrá que purificar el término *solidaridad* de aquellas connotaciones legalistas e ideológicas para insuflarle eco de amistad, donación, interresponsabilidad, cooperación e interayuda, así es como el sustantivo abstracto *solidaridad* cobra resonancias de virtud humana con lo que adquiere operatividad verdadera.

Hay quienes se apuntan al carro de la solidaridad porque está de moda, porque «quedas bien». Aquí, de la solidaridad lo importante es aparentar para alimentar el amor propio. Esto puede estar más arraigado en algunas personas pero todos podemos caer en esta actitud si no rectificamos constantemente la intención. También pueden surgir movimientos de solidaridad en la persona a raíz de un sentimiento: de compasión, de pena, etc., pero ese sentimiento dura poco y si no va acompañado de un proyecto, de un compromiso, queda en una simple manifestación de buenas intenciones o en una estéril lamentación.

De la moda, del gusto, del orgullo o del mero sentimiento no puede prosperar una auténtica solidaridad. Sólo se puede vivir con tendencia solidaria cuando hay amor, un amor verdadero que surge de *saber* cual es el sentido de mi vida: un conocimiento profundo de la realidad del hombre y su trascendencia, lo que los clásicos denominaban «verdadera sabiduría». A este saber puede acceder cualquiera: Culto o analfabeto, pues no nace de la investigación científica sino de la sinceridad de vida, aunque por supuesto, los estudios ayudan a consolidar y profundizar en este saber.

A partir de este conocimiento, profundo y fresco a la vez, actúa la voluntad —no sólo el sentimiento— para así, libremente, enfocar mi vida, la única que tengo, al servicio de los demás.

La solidaridad no debe confundirse con esa caricatura arrogante del poderoso que da sus sobras al que no tiene, sino se entiende como aquel, que teniendo poder, se pone al servicio de los demás dando incluso lo que no le sobra. Aquí no se excluye a nadie por-

que poder tenemos todos, es decir, todos *podemos* ser solidarios en cada momento. La solidaridad verdadera está en la relación vital entre amor y poder que se sintetiza en: «querer es poder».

Es clásico en nuestro entorno observar la reivindicación de universitarios, por ejemplo, que no tienen oficio ni beneficio e interpelan a los poderosos para que sean solidarios, y qué curioso, muchos de esos exaltados cuando pasa el tiempo y consiguen su oficio y el beneficio se olvidan de las reivindicaciones que hacían a sus predecesores en los cargos, se vuelven «comprensivos» con ellos.

Ser solidario no depende de tener mucho para poder dar, sino que consiste en darse a sí mismo con todo lo que somos y tenemos en cada instante. Estamos hablando de un modo de ser y de compromiso, de estar y de convivir, de dar y de recibir los unos de los otros. No son meros actos esporádicos y vistosos, sino una labor callada y continua de libertad que lleva a renunciar a ciertos privilegios y bienes por el bien común, por el bien de los demás, por el bien del «tú».

Y surge la pregunta ¿por qué tengo que ponerme a servir a los demás? ¿En nombre de qué voy a emplear mi tiempo, mi esfuerzo, mis conocimientos, mi dinero... en beneficio de otros? ¿qué gano yo con todo esto?

Esta es la clave, todos queremos ser solidarios ¿pero en qué fundamentar la solidaridad? La solidaridad es un riesgo que nos lleva a renunciar a otros objetivos individuales apetitosos pero incompatibles, y además, con el sobrepeso de no encontrar con frecuencia, correspondencia solidaria en los demás.

O se tiene como fundamento una verdad absoluta y trascendente, o a la primera contrariedad encontraremos justificante para cambiar de actitud, que si no es de insolidaridad por lo menos será de indiferencia, que algunos llaman tolerancia y con alarde.

Nadie da nada por nada, por lo que una persona sólo será solidaria en la medida que actúe por «algo» que sea de mayor valor que «mi-yo-actual», es decir, por algo que le enriquezca. En el ámbito material, es decir, en «el plano del tener», la conducta solidaridad conlleva a priori, pérdidas o cuanto menos reduce ganancias o logros. Así, desde un planteamiento puramente materialista no puede prosperar una verdadera solidaridad. Quizá se podría manifestar exteriormente —y de hecho se manifiesta— como estrategia comercial o política, pero no deja de ser una forma refinada de hipocresía y manipulación.

La auténtica solidaridad progresa tanto en cuanto vamos abriendo las puertas al espíritu —el plano del ser—, que no supone renunciar a lo material, sino al contrario, lo espiritual enaltece lo material recubriendo su vulgaridad y finitud con candor de eternidad. Por tanto, debemos hablar de la armonía entre materia y espíritu en la unidad corpórea de la persona, sin hacer separaciones que en realidad no son aunque sean útiles para dar explicaciones.

De este modo, observamos como nuestra cultura propone un renacimiento de lo espiritual, dimensión que había quedado en las últimas décadas eliminada o restringida a lo privado.

Ante este «boom» debemos actuar con cautela. Así como buscamos la auténtica solidaridad, debemos identificar en qué consiste la auténtica espiritualidad porque de lo contrario, no encontraremos ese soporte sólido e impecadero donde construir la cultura de la solidaridad.

2. Rebajas divinas en el supermercado espiritual.

La vida trae consigo experiencias gratificantes pero a su vez, ya sea en segundo término o en primer plano, el dolor siempre nos acompaña. Ante esta realidad el ser huma-

no se da cuenta que la mejor forma de afrontarlo en siendo solidarios los unos con los otros, pero esto supone un esfuerzo, y por desgracia, las posturas fundamentadas tan sólo en motivaciones de orden humanitario son sumamente frágiles.

Estaremos en condiciones de esforzarnos por ser solidarios en la medida que tengamos la convicción de que ésta actitud da sentido a mi vida y me conduce a mi fin como persona.

Un chispazo de solidaridad lo tiene cualquiera, lo difícil, debido a las propias limitaciones de la condición humana, es perseverar hasta el final. Por tanto, si realmente queremos ser solidarios no basta con tener argumentos racionales, es menester acudir a un motivo superracional.

Ser solidario conlleva el compartir alegrías pero también el dolor y las dificultades. Más aún, la solidaridad se demuestra en los momentos difíciles. En consecuencia, sólo si encuentro sentido al sufrimiento convirtiéndolo en un camino de alegría, podré ser solidario.

Es el sufrimiento quien llama a la solidaridad y a su vez, nos proporciona una sonora bofetada existencial. La postura hedonista incita al escapismo, sin embargo, se demuestra que a la larga, no es posible escapar estando vivos.

El ser humano insatisfecho reacciona en busca de sentido para su vida, no obstante, quien no quiere salir de los mismos parámetros del «todo es relativo» y del consumismo, acaba en el *supermercado espiritual* buscando una oferta existencial.

En este supermercado del alma es frecuente encontrar el planteamiento que algunos han llamado *religión a la carta*. Desde este supuesto, cada uno conserva para sí lo que de una o de más religiones le conviene —cuando le convienen y como le conviene—. Es una religiosidad a la medida, es decir, no es el ser humano quien trata de identificarse con la voluntad de Dios sino que es un intento de acoplar a Dios según los criterios de la propia voluntad del sujeto. Como si Dios fuese un medio entre otros, a placer, para lograr la realización de sí mismos.

Desde esta postura no puede vivirse la auténtica solidaridad porque precisamente lo que se busca es la comodidad, el mínimo esfuerzo, es lo que podríamos llamar una «*espiritualidad de todo a veinte duros*». Desde este planteamiento todo es cutre, no sólo se elude la solidaridad sino que además, se rapiña la de otros, pues aunque sea un religiosidad al antojo, suele suceder que estos sujetos sobreviven como «parásitos espirituales» de organizaciones o instituciones de la Iglesia Católica u otros organismos religiosos.

Hay que aclarar que al «soplar» sobre estos hechos no tenemos intención de «apagar la llama que humea» sino al contrario, tratamos de que reaccione y prenda con más vigor.

Pero sigamos con las «gangas» del supermercado espiritual. Partiendo del planteamiento agnóstico o escéptico, el ser humano se siente como abandonado en el mundo, perdido y tiene que encontrarse.

Muchos contemporáneos quieren «encontrarse a sí mismos» y nuestra cultura trata de satisfacer esa demanda sin necesidad de salir del planteamiento hedonista del «todo es relativo». Así, desde una postura meramente materialista se avanza hacia el encuentro con lo espiritual sin cambiar de intereses: la satisfacción inmediata del propio bienestar psíquico y corporal.

Se demanda una espiritualidad que llene el vacío interior del sujeto pero sin necesidad de dogmas, exigencias ni compromisos. Se muestra una preferencia por lo exótico, por las religiones orientales o precristianas, y se acude a la astrología con su redescubrimiento simbólico del cosmos, a la nueva ciencia holomítica, al esoterismo gnóstico, a la

parapsicología o al psicologismo, al ocultismo, la quiromancia y todo tipo de supersticiones y prácticas espiritistas, de adivinación, de magia, yoga, tantra, zen, etc...

Es una religiosidad que no parte de una revelación de Dios sino de la propia experiencia interior. Se trata de que cada uno utilice sus propios recursos espirituales, pero nadie nace sabiendo. De este modo, nos encontramos multitud de expertos audaces dispuestos a mostrarte los secretos de tu interior por un módico precio. También puedes llegar al más allá haciendo una compra por fascículos en tu kiosco más cercano, y en la entrega de la próxima semana ¡CD gratis!

Salvando el sentido irónico de nuestras palabras, nos consta la existencia de grandes profesionales en este mundo de la psicoterapia, pero también nos consta el abuso de muchos impostores que manipulan a las personas indefensas con planteamientos irracionales y sectarios.

Umberto Eco en una aproximación a este contorno lo define como «religiosidad del inconsciente, del Torbellino, de la Ausencia del Centro, de la Diferencia, de la Alteridad Absoluta o del Abismo, que ha atravesado el pensamiento moderno como contrafigura subterránea de las inseguridades producidas por las ideologías ochocentistas del progreso y del juego cíclico de las crisis económicas»¹.

Hay quien habla de una nueva era de espiritualidad y se presenta como un planteamiento multicultural, una alternativa en aras de favorecer una auténtica liberación del espíritu, una nueva era de amor, de solidaridad, y una mayor expansión de la conciencia. Sin embargo, con frecuencia, en este reencuentro con lo espiritual se prolonga el carácter individualista que se pretende combatir, generando el típico individuo narcisista obeccado por el mito de la autonomía radical y la emancipación de todo encuadramiento trascendental o social, cuasidiosos que hablan sin reparos de «mi verdad».

Se trata de personas «orientadas hacia dentro», inclinadas como decíamos, a buscar en el interior sus propios recursos espirituales, sin embargo, se comprueba que esta aparente autonomía espiritual es caldo de cultivo para la proliferación de sectas y todo tipo de movimientos parareligiosos.

Nos encontramos ante una espiritualidad difusa en la que el grito de guerra inicial es: «Espiritualidad sí, monoteísmo no», es un no al Dios personal; un no a la institucional-objetual y dogmático². La representación de Dios o la divinidad ahora quedan diluidos en estados de conciencia superior, en energía macrocósmica o fuerzas de maestros interiores.

La tarea «espiritual» del hombre sería conectar con la realidad cósmica impersonal para sumergirse en ella y disolver la propia individualidad abismándose y fusionándose con el Todo.

Esta religiosidad apunta hacia una «religión-sin-Dios», hacia una «espiritualidad-sin-espíritu». El grito «Jesús sí, Iglesia no», de hace un par de décadas es sustituida en esta nueva religiosidad por el de «religión sí, Dios no»; al menos no al Dios personal del cristianismo. Frente al cristocentrismo de la creencia cristiana, un cosmocentrismo neopagano³.

A pesar de la proclama universal de su misión, la única proyección más amplia que el propio «sí-mismo», que este individualismo narcisista es capaz de generar, es el «micro-

¹ Citado en CUETO, J.(1982): *Mitologías de la modernidad*, Salvat, Madrid, p.41.

² SUDBRACK, J.(1991): *La nueva religiosidad*, Paulinas, Madrid, 1991.

³ DÍEZ DEL RÍO, I. (1993): *Postmodernidad y nuevas religiones*, Religión y Cultura XXXIX, pp. 55-91.

grupo de idénticos» de carácter, naturalmente, narcisista. Obviamente esta «comunidad emocional» no tiene por meta otra finalidad más importante para el individuo que el poder encontrar en ella la propia «autorrealización» personal a través de la inmediatez emocional que proporciona la comunidad de individuos que comparten una misma cosmovisión. En este caso, la solidaridad queda restringida y dependiente del estado emocional, que a su vez, algunos hacen depender del período astral.

3. Auténtica espiritualidad para la solidaridad auténtica.

El carácter espiritual da la capacidad al ser humano de la *donación* —el amor espiritual—⁴. Esta donación no implica pérdida de facultades: Quien da dinero deja de tenerlo, el sabio puede transmitir su sabiduría conservándola íntegramente, y si hablamos de amor, sólo se tiene cuando se da.

Que el hombre desea es un hecho de experiencia, pero el hombre no es únicamente un ser deseante, «¿qué puede haber más allá de la tendencia a poseer y de la posesión misma?»⁵ La donación, pues donar es un dar sin perder, lo que es atribución exclusiva de la criatura espiritual.

Esto mismo es también expresado por Pieper, que dice que en el amor encontramos «por un lado, conmoción que tiende a poseer y a gozar, y por otro, actitud de entrega y donación que se olvida de sí misma, que no busca las cosas propias»⁶.

Esto se entiende muy fácil cuando se cree en el Dios personal que nos ha creado a su imagen. «Santo Tomás de Aquino entiende la creación como una donación del ser, pues la criatura no es parte de Dios —Dios no tiene partes—»⁷.

La solidaridad no se concibe sin expresión o ejercicio que se traduce en donación y servicio. De este modo, es comprensible que el niño aprenda lo que es la solidaridad fundamentalmente en la vida familiar: lugar donde se nos quiere por lo que somos y no simplemente por lo que valemos. La persona que no aprende lo que es la solidaridad en el seno de su familia, difícilmente será luego solidaria con aquellos que no conoce.

Esto concuerda perfectamente con la exigencia propia de la naturaleza social humana: el hombre es un ser constitutivamente social, y por ello no puede lograr su plenitud ontológica —su fin— más que saliendo fuera de sí, atendiendo a sus iguales los hombres. «El hombre es persona anteriormente a toda comunidad, pero personalidad, es decir, persona plenamente desarrollada, sólo puede serlo *en y por* la comunidad»⁸.

La gran maravilla de la auténtica solidaridad está en que uno da lo que posee enriqueciendo a los otros y a su vez, enriqueciéndose a sí mismo. Así, a la pregunta de por qué o para qué ser solidario, no cabe más respuesta que porque quiero, «porque me da la gana». En esta actitud se encuentra la felicidad.

Nos parece interesante llamar la atención sobre algo que confirma lo dicho, y es un hecho recogido por Pieper; la anécdota se refiere a Teresa de Calcuta: «se dice que un periodista que le aseguró que él no podría hacer, por un sueldo de mil dólares diarios, lo

⁴ WILHELMSEM, F.(1964): *La metafísica del amor*, Rialp, Madrid.

⁵ POLO, L.: *Tener y dar*, Rialp, Madrid, p.225.

⁶ PIEPER, J.(1972): *El amor*, Rialp, Madrid, p.38.

⁷ POLO, L.: *Tener y dar*, p.225

⁸ FERRER ARELLANO, J.(1963): *Filosofía de las relaciones jurídicas*, Estudio General de Navarra, Pamplona, p.198.

que ella hacía, le contestó la monja: y yo tampoco». Entonces, si en serio se le preguntara «¿porqué estás haciéndolo?», es de suponer que de no decidirse a callar, dijese: «por amor de Cristo»⁹.

No hay más que un modo de ser felices: vivir para los demás, ahora sólo queda que nos demos cuenta por qué.

⁹ Op. cit. PIEPER, J.: *El amor*, p. 210.